

Argentina: retrocesos cíclicos de una sociedad movimientista

Por Héctor Ricardo Leis y Eduardo Viola

El presente texto fue publicado originalmente como uno de los capítulos del libro: “América del Sur en el Mundo de las Democracias de Mercado”, CADAL-Homo Sapiens, 2008. Los años transcurridos hasta la fecha no le quitaron actualidad, muy por el contrario. Nuestra pretensión, en la época, era escribir un texto que informase al lector sobre los detalles más relevantes de la coyuntura política del país en las últimas dos décadas, pero que también pudiese explicar, sobretodo, los factores estructurales más profundos que condicionan y explican la dinámica política del ciclo iniciado en los años 40 del siglo XX. Desafortunadamente, no tenemos ni siquiera una coma para retirar o agregarle al marco explicativo presentado en el texto, o a los comentarios sobre el desempeño de los Kirchner, años atrás. Hoy, como ayer, el país se encuentra sujeto a una misma y continua lógica perversa que lo expone a sucesivos estados de euforia y depresión, prácticamente sin solución de continuidad. La coyuntura internacional puede cambiar – como ocurrió en 2008 –, los nombres de algunos actores de la política doméstica también, sean del oficialismo o de la oposición, pero la naturaleza de la política continúa la misma. Los avances económicos o políticos, realizados por los gobiernos K en algunas esferas, no supieron inspirar a la sociedad en su conjunto para caminar en la dirección de un destino común de grandeza. Todas las etapas de la política argentina de las últimas siete décadas, sean de apogeo o decadencia, están pautadas por la severa división y enfrentamiento de su comunidad política. Confiamos que en algún momento ese ciclo habrá de cerrarse, pero nada anuncia todavía su fin. Por eso mismo juzgamos que este texto conserva intacta su vitalidad.

Héctor Ricardo Leis nació en 1943, en Avellaneda, Argentina. Emigró para Brasil en 1977, obteniendo la ciudadanía brasileña en 1992. Posee títulos de Master en Ciencia Política por la University of Notre Dame y de Master y Doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro. Actualmente es profesor asociado del Departamento de Sociología y Ciencia Política de la Universidad Federal de Santa Catarina. Entre los libros de su autoría se destacan: *El Movimiento por los Derechos Humanos y la Política Argentina*, 1989; e *Intelectuales y Política: Estudio del Debate Intelectual Argentino*, 1991. Es miembro del Consejo Académico de CADAL.



Eduardo Viola nació en 1949, en Campana, Argentina. En 1976 emigró para Brasil y en 1989 se naturalizó brasileño. Doctor en Ciencia Política por la Universidad de São Paulo (1982) y Post-doctorado en Economía Política Internacional por la Universidad de Colorado (1991). Es profesor titular del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de Brasilia desde 1993. Es autor de dos libros y más de 80 artículos, publicados en libros y revistas especializadas en Brasil, EUA, Argentina, Reino Unido, Canadá, Alemania, Holanda, Suecia, Francia, España, México, Chile, Venezuela y Japón. Es miembro del Consejo Académico de CADAL.



1. Introducción

A la hora de explicar el fracaso histórico de la Argentina, la mayor parte de la literatura recurre a dos modelos explicativos diferentes de carácter estructural. Uno que enfatiza más la estructura económica, y otro la político-institucional. Obviamente, los autores que se sitúan en una y otra perspectiva presentan buenos argumentos para convencer al lector. No se tiene la intención aquí de discutir las premisas de ninguna de estas perspectivas. El solo hecho de que la Argentina haya ocupado el sexto lugar del mundo en PIB per capita, a principios del siglo XX (Clark, 1940), y actualmente esté detrás de casi cuarenta países, es una prueba de que su modelo de desarrollo económico tiene mucho para explicar sobre su decadencia. Del mismo modo, en un país que posee uno de los mayores grados de inestabilidad política de la región, los científicos políticos tienen mucho para decir sobre los problemas de las instituciones del Estado y del sistema de partidos políticos, de modo general. En el período que va de 1943 hasta 2003, Terragno (2005) contabiliza diez gobiernos escogidos en las urnas, de los cuales apenas tres cumplieron el tiempo constitucional de sus mandatos. En el cuadro de Mainwaring & Hagopian (2005), sobre la secuencia de los diversos tipos de régimen (democrático, semi-democrático y autoritario) ocurrida en los países de América Latina, se percibe también claramente la anomalía argentina. En ese período, Argentina aparece con una secuencia de once mudanzas de régimen, mientras que países vecinos como Chile y Uruguay aparecen con tres y Brasil con cuatro. Argentina sólo pierde en América Latina con Perú, que aparece con trece mudanzas.

Sin embargo, sin que los analistas sean concientes, la capacidad persuasiva de esta “bipolaridad” analítica entre factores económicos y políticos dificulta la emergencia de abordajes estructurales alternativos basados en la naturaleza de la política argentina, tentativa pioneramente inaugurada en el siglo XIX por Domingo Sarmiento (1997), en su obra *Facundo – Civilización y Barbarie*. Bonvecchi (s/d) presenta varias líneas de análisis de las crisis argentinas a partir de la naturaleza de los actores, no obstante ninguna de ellas pueda ser considerada suficientemente estructural, en la perspectiva de lo que se pretende hacer aquí. Por abordaje estructural de la naturaleza de la política argentina no se debe entender aquí una referencia metafísica, sino sociológica, muy próxima del sentido que Elias (1980) da a los *habitus*.

Un ejemplo de las dificultades mencionadas se encuentra en el ponderado trabajo de Levitsky (2005). Aún cuando el autor perciba que las reglas del juego político argentino son inestables y, por lo tanto, concluya haciendo un apelo al fortalecimiento de las instituciones, él afirma convencido que, considerando la profundidad de las crisis económicas enfrentadas, la democracia argentina se mostró notoriamente robusta en el período entre 1983 hasta el presente. De la perspectiva de nuestro análisis es difícil coincidir con cualquier hipótesis de robustez o fortalecimiento de la democracia en las últimas dos décadas. Aún cuando sea involuntariamente, esto sugeriría que en el país existe un cúmulo de “energía democrática”, cuando el problema de la Argentina es, precisamente, que nada es lineal. Que lo que

se acumula en un período se gasta en el otro hasta quedar en “rojo” (y eso vale tanto para la acumulación democrática como para la acumulación económica). En otras palabras, si tiene algo espantosamente evidente la historia argentina de los últimos sesenta años es que transcurre dentro de un gran ciclo involutivo. Los pequeños ciclos de acumulación democrática y económica se pautan, en rigor, dentro de un gran ciclo de desacumulación. En este contexto, parece oportuno investigar un poco la naturaleza de la política argentina como fuente estructural del comportamiento de sus principales actores (Botana, 2002; Merquior, 1986; Novaro & Palermo, 2004; Quiroga, 2006; Leis, 2006).

2. Perspectiva histórica general

No se puede comprender la historia argentina de los últimos sesenta años fuera del contexto de la historia previa del país. El presente está insertado en un ciclo de decadencia que le sigue a un ciclo de nueve décadas de notable progreso económico, político, social y cultural. El primer dato fuerte de la historia argentina es precisamente éste. Se trata de una historia compuesta de varios ciclos con características casi simétricamente antagónicas. Décadas atrás el observador podía manifestar dudas con relación a la existencia de estos ciclos, en la medida en que podía pensarse todavía que la Argentina había hecho simplemente una pausa en el proceso de evolución anterior. La densidad y larga duración del actual ciclo de decadencia no autorizan más a mantener estas dudas. En cuanto país independiente de la Corona de España, Argentina construyó su historia a lo largo de tres grandes ciclos: el primero, de 1810 hasta 1852; el segundo, de 1852 hasta 1943; y el tercero, de 1943 hasta hoy (Lagos, 2003). No interesa discutir aquí el papel de los ciclos en la Historia, sino llamar la atención sobre su centralidad en el caso argentino¹. En las primeras cuatro décadas de su historia, Argentina tuvo un desarrollo político y social muy pobre. Esta tendencia se invirtió totalmente en las siguientes nueve décadas, alcanzando el país un progreso notable (de acuerdo con el patrón internacional de la época). Del mismo modo, en las últimas seis décadas, cuando se las compara con las del ciclo anterior, el patrón vuelve a invertirse y el retroceso se torna evidente. Ciertamente, es mucho más fácil explicar un país con una historia lineal que uno con una historia cíclica. Por esto, encontrar explicaciones consensuales para los avances y retrocesos tan marcados de la historia argentina continúa presentándose como un rompecabezas para los científicos políticos. Sin embargo, al igual que en la “carta robada”, del famoso cuento de Edgar Allan Poe, las claves para descifrarlo pueden estar a la vista de todos.

Con relación al primer ciclo, a pesar de algunas tentativas iniciales de fundar instituciones republicanas, no cabe duda que la autocracia populista y xenófoba de Rosas y otros caudillos colocó al país fuera de la historia del mundo progresista y desarrollado de la época. Derrotado Rosas, a partir de la mitad del siglo XIX, Argentina se dedicó a construir instituciones capaces de garantizar los principios básicos del republicanismo. Naturalmente, este fue un proceso con muchas contradicciones y algunos retrocesos, pero a lo largo de nueve décadas las instituciones nunca

perdieron el rumbo principal. De acuerdo con Lagos (2003), algunos ejemplos relevantes de esto son que el país siempre mantuvo: la limitación del Estado para interferir en la economía; el crédito de la Nación; marcos jurídicos favorables al cumplimiento de los contratos y la apertura de la economía; la división de poderes; la independencia del Poder Judicial; la rotación de los titulares del gobierno (ningún presidente trató de perpetuarse en el gobierno más allá de los seis años que establecía la Constitución); un fuerte vínculo con los flujos comerciales, migratorios y de ideas del mundo desarrollado.

Ayudada por la pérdida de legitimidad creciente de la democracia en la última década del segundo ciclo, la frustración republicana de las primeras cuatro décadas de la vida política de la Argentina será repetida a partir de la década de 1940. Los acontecimientos irían ahora al encuentro del anacronismo institucional de la época de Rosas (lo cual fue profusamente explicitado por los autores “revisionistas” de la época, que identificaban a Rosas con Perón). La Argentina volvería a ser populista y nacionalista, deshaciendo las instituciones de la República. La Argentina se volvería estatista, impulsando la inflación monetaria y el cierre de la economía. En 1947 se produjo la primera destitución masiva de los miembros de la Corte Suprema hecha por un gobierno de la República, hecho que infelizmente se tornaría un hábito para muchos de los gobiernos siguientes. Del mismo modo, Perón reforma en 1949 la Constitución para permitir su reelección, tornando también a las prácticas pro-reelección en una tradición, vigente incluso hoy. En este ciclo los regímenes militares no fueron escasos (por cierto, el triunfo de Perón en las elecciones de 1946 habría sido imposible sin el golpe militar de 1943). Pero los gobiernos electos democráticamente en las últimas dos décadas también atentaron significativamente contra el espíritu republicano, aunque en menor grado. Fue el gobierno de Cámpora quien decretó una amnistía total e irrestricta, que incluyó en su lista a muchos condenados en debido proceso por jueces irrepreensibles del punto de vista republicano. Fueron los gobiernos de Perón e Isabel Perón (que siguieron al de Cámpora) los que primero organizaron la represión ilegal de la guerrilla. Fue el gobierno de Menem que alteró el número de miembros de la Suprema Corte en su favor y reformó la Constitución para poder ser reelecto. Fueron también gobiernos electos (Alfonsín, Menem y De la R  a) los que elevaron el gasto y la deuda pública nacional y provincial hasta niveles insustentables (en el caso de Menem, con la intención de favorecer una tercera reelección). Tampoco fueron gobiernos militares los que tornaron inevitable el reciente *default* de la deuda pública que llevó al país a ser casi un paria internacional (igualando, en términos de descrédito, a la “proeza” alcanzada veinte años antes por un gobierno militar con la invasión de las Malvinas/Falklands).

3. Perspectiva de los ciclos a partir de 1943

Puede ser útil hacer observar al lector que el hecho de que el peronismo cubra los últimos sesenta años de la historia argentina hace que, prácticamente, no exista hoy ningún

argentino que haya conocido en su vida adulta a una Argentina libre de la marca del peronismo. En este período, el país pasó por una vertiginosa sucesión de episodios traumáticos de todo tipo, que son un claro indicador del estado errático y anómalo de las preferencias políticas de sus ciudadanos, así como de la centralidad del fenómeno peronista. El ciclo actual comenzó en 1943, con un golpe de militares nacionalistas pro-fascistas, que crear   las condiciones para la llegada de Perón al gobierno en 1946, a través de una elección que dividió a los argentinos en dos bandos, una peronista y otra anti-peronista. Fue una escisión cuya intensidad nunca había sido alcanzada en el ciclo liberal anterior (teniendo como antecedente apenas la división entre unitarios y federales en el primer ciclo de vida del país). La instauración de un régimen de intenciones fascistas y profundamente antiamericano concluyó en 1955 por medio de un golpe militar, que derivó en la proscripción vengativa del peronismo y un conflicto, a veces orillando la guerra civil, entre peronistas y anti-peronistas. Después de una sucesión de régimenes militares y democráticos intercalados, Perón vuelve al gobierno en 1973, ayudado de forma significativa por el accionar de grupos guerrilleros peronistas de gran popularidad entre las masas y de claras intenciones totalitarias, solo que esta vez inspiradas en el extremo opuesto del arco ideológico, en relación a la generación de los 50 (Viola, 1982). Después, un breve intervalo “democrático” lleno de acontecimientos dramáticos (incremento de acciones terroristas de los grupos revolucionarios, represión también terrorista por parte del Estado, muerte de Perón y asunción de su incompetente viuda, hiperinflación, etc.), en 1976 los militares vuelven al gobierno, implantando en el país un régimen de claro sesgo totalitario, aunque de inspiración económica liberal. Régimen que sería responsable por una represión terrorista con decenas de miles de muertos y desaparecidos (que se sumarían a las centenas de muertos producidos por la guerrilla) y también por una guerra contra Gran Bret  a por la posesión de las islas Malvinas (que obtuvo un rápido y amplio apoyo popular y llevó a la muerte a seiscientos argentinos).

Este horripilante escenario pareció encontrar algún sosiego con la llegada de Alfonsín al gobierno, en 1983, traducido en una clara política en favor de los derechos humanos, que permitió juzgar y condenar a las c  pulas de la dictadura militar que le precedió. Después de haber experimentado los argentinos la intencionalidad del corporativismo fascista, con el peronismo de la generación de los 50, y la intencionalidad del terrorismo revolucionario, con el peronismo de la generación de los 70, el triunfo de Alfonsín pareció anunciar que, finalmente, los ciclos de “eterno retorno” del peronismo habían llegado a su fin. Sin embargo, en los años 90, aprovechando la oportunidad generada por la crisis económica y la hiperinflación, el peronismo sería reinventado una vez más. Ahora volvería con una intencionalidad inesperada, demostrando así que el peronismo puede tener todos los rumbos y ninguno. En ciclos que se renuevan y repiten, acompañando prácticamente el paso de las generaciones, el peronismo demostró tener una

capacidad equivalente para colocarse en el centro del escenario político, así como para degradar las instituciones de la República. Lo que quiere decir, en otras palabras, que esta cíclica reinención del peronismo será hecha en todos los casos como radicalidad instrumental, llevando hasta el límite alguno de los imperativos disponibles en el espíritu de época sin ninguna preocupación por la coherencia con los principios de su propia historia. Estas mudanzas cíclicas en su intencionalidad no destruyen el peronismo, muy por el contrario, porque su dato esencial reside en su capacidad de movimiento, no importa para donde el pueda ir. Es precisamente en la radicalidad de la opción, y no en la propia opción, donde el peronismo se revigora como movimiento. Con la fuerte opción de Menem por el liberalismo económico y su política de “relaciones carnales” con los Estados Unidos, el peronismo entra a los años 90 en las antípodas de sus experiencias anteriores y, una vez más, consigue marcar un nuevo rumbo a la política del país. A pesar de que, en 1999, el peronismo perdió la elección con De la Rúa, el nuevo gobierno seguirá los presupuestos macroeconómicos del gobierno de Menem, incluido el aumento exponencial de la deuda pública. La recesión que acompañó el último año del gobierno de Menem continuó también en la gestión de De la Rúa, que en poco tiempo derivó en caos social, salida forzada de la convertibilidad peso-dólar y la cesación de pagos. De la Rúa renunció en diciembre de 2001, y después de un breve interregno de presidentes peronistas escogidos por el Parlamento, hubo una elección donde la mayoría del pueblo votó contra Menem. Con escasos poco más que 1/5 de los votos (ya que Menem se retiró de la disputa del segundo turno), Kirchner asume la presidencia en 2003. El espíritu del peronismo de los años 70 (que, obviamente, no era ni neoliberal, ni proamericano) parecía estar retornando junto con él. No obstante, como se verá más adelante, los Kirchner habrán de gobernar mezclando de forma casi caótica las herencias peronistas de los ciclos anteriores. Con ellos, el peronismo parece entrar en una fase donde, sin cambiar la naturaleza de su política, se ampara ahora dentro de rituales más burocráticos y oportunistas que carismáticos y programáticos, como en el pasado.

4. Los conceptos de movimiento y resentimiento

Este trabajo posee tres presupuestos teórico-metodológicos. El primero (ya explicitado) es que la historia argentina se desarrolla a través de ciclos antagónicos, de larga duración. Los otros dos presupuestos se refieren a los factores que estructuran esos ciclos (especialmente los dos últimos), marcando tanto los puntos de ruptura como los de continuidad entre ellos. Un presupuesto central es que la Argentina, en el ciclo histórico de 1852 hasta 1942, tuvo un desarrollo de tipo evolutivo con relación al proceso de acumulación capitalista y a la construcción de las instituciones del Estado, invirtiéndose esta tendencia en el ciclo siguiente (y actual).

A diferencia de muchos otros países latinoamericanos, que nunca consiguieron encontrar tiempo y sabiduría suficiente para sentar las bases de un Estado moderno, parte de la desgracia de Argentina hoy reside en el hecho (paradojal)

de que consiguió hacer eso en el pasado. La frustración de la Argentina hoy es proporcional a su felicidad en el pasado. El tercer presupuesto teórico deriva de aquí. Considerando que el resentimiento de raíz indígena está ausente en la Argentina (país escasamente poblado en la época de la colonización y marginal de las culturas andinas más avanzadas), puede concluirse que el elevado grado de resentimiento que marca la política en el último ciclo es fruto, precisamente, de una dinámica política que sacrificó sus instituciones en nombre del “movimiento”. En el mejor sentido de la palabra, se trata de un resentimiento “civilizatorio”.

La comparación de Argentina con Brasil es paradigmática. Compare el lector, por ejemplo, los eventos y resultados de las fases populistas y de las dictaduras militares, relativamente comunes a ambos países – la referencia al libro de Fausto & Devoto (2004) es nuevamente exigida. El balance de la dinámica evolutiva de cada país muestra, sin sombra de duda, la menor importancia de los puntos de ruptura institucional y jurídica en Brasil. En Argentina estos cortes son siempre mucho más brutales que en Brasil. Una prueba fácil de esta afirmación se obtiene al observar las implicaciones de las guerras en uno y otro país. En este sentido, se verifica que la Argentina mudó radicalmente el eje de sus alianzas internacionales en la Segunda Guerra Mundial y Brasil las reafirmó; que la Argentina construyó un Estado casi totalitario para enfrentar el terrorismo de los años 60 y 70, mientras que en Brasil esa guerra solo afectó a sectores reducidos de las fuerzas armadas y del propio Estado; y, por último, la Argentina inició una guerra impensable para las elites brasileñas (la de Malvinas/Falklands), al escoger como enemigo ¡a una de las mayores democracias occidentales modernas!

En la mitad del siglo XX la Argentina se estructura históricamente a partir de la idea de movimiento². Giorgio Agamben (2005) comenta que el término movimiento tiene una larga e insistente historia política y social; sin embargo, se trata de un término que todos creen entender, pero que no definen. Aún cuando el concepto de movimiento tenga en las ciencias y en la filosofía una sólida tradición, adquiere en la política un significado técnico relevante solo en el siglo XIX (una de las primeras apariciones ocurre en la revolución de 1830, en Francia, en la cual los defensores del cambio se denominaban “partido del movimiento” (*movement*) y sus adversarios “partido del orden”). Agamben recuerda que Lorenz von Stein (un autor que influenció tanto a Marx como a Carl Schmitt), piensa el movimiento en contraposición dialéctica a la noción de Estado. El Estado es el elemento estático, legal, mientras que el movimiento es la expresión de las fuerzas dinámicas de la sociedad. De esta manera, el movimiento está siempre en antagonismo con el Estado, queriendo expresar el primado dinámico de la sociedad sobre las instituciones jurídicas y estatales. Otras indicaciones interesantes sobre la historia de los movimientos pueden ser encontradas en el libro de Hannah Arendt (1973) sobre el totalitarismo. Arendt muestra que alrededor de la Primera Guerra Mundial, poco antes e inmediatamente después, los movimientos adquieren en Europa un desarrollo

extraordinario en contraposición estratégica a los partidos. Se asiste entonces a una verdadera explosión de los movimientos, siendo usado este término tanto por la derecha como por la izquierda (fascismo y nazismo se autodefinen como movimientos, y solo secundariamente como partidos). Según Agamben, el único que intentó definir en el ámbito político y también jurídico este término fue Carl Schmitt, en un ensayo de 1933, intitulado “Estado, Movimiento, Pueblo”. Según Schmitt, la política del Reich nazi se comprende a partir de la articulación y distinción de estos tres elementos. El primer elemento es el Estado, que es definido como la parte política estática. El pueblo es el elemento no político, que crece bajo la protección del movimiento. El movimiento, por su lado, es el verdadero elemento político dinámico, que toma forma específica a partir de su conducción. Para Schmitt, el *Führer* es la personificación del movimiento.

Para Agamben, una consecuencia extremadamente relevante del análisis de Schmitt es que el primado de la noción de movimiento se da en función de la neutralización del pueblo. Por lo tanto, el movimiento se convierte en el concepto político decisivo cuando el concepto democrático de pueblo, como cuerpo político, ya está superado. En cierta forma se podría decir que la democracia comienza a decaer cuando los movimientos avanzan. En sentido substancial, no existen movimientos democráticos, entendiendo aquí por democracia aquella tradición que ve en el pueblo, en cuanto agregado de individuos con capacidad para actuar en conjunto a través de sus instituciones, su elemento político constitutivo. El presupuesto de que los movimientos establecen el fin del concepto de pueblo como cuerpo político democrático es compartido tanto por la tradición revolucionaria de la izquierda, como por el fascismo y nazismo.

La historia del siglo XX demostró en la Alemania de Hitler y en la Rusia de Lenin y Stalin que la supresión movimientista de la democracia no es un hecho de pocas consecuencias. Sin embargo, poco se hizo en el campo de la ciencia política para comprender el papel histórico de los movimientos, en su relación con la democracia. En este sentido, parece más que razonable estudiar la hipótesis de que ellos contaminan y degradan las instituciones de la democracia hasta agotarlas y, en el límite, si no hay suficiente reacción de los anticuerpos, llevan a la sociedad hacia el autoritarismo, el totalitarismo o simplemente el caos. En cierta forma, ellos son la otra cara del proceso civilizatorio que llevó a la construcción de las democracias modernas occidentales. El arco que cubre el concepto de movimiento, en rigor, va desde el fundamentalismo islámico hasta las organizaciones “por encima de toda sospecha”, como las ambientalistas o feministas, pasando por los varios populismos latinoamericanos, con sus fisuras entre ricos y pobres, entre elites y masa, entre indios y blancos, etc. Obviamente, no se pretende comparar la dialéctica perversa del nazismo o del comunismo con la dialéctica del ambientalismo o del feminismo, en la cual aparecen elementos virtuosos que vinculan estos actores a los procesos de reconocimiento e inclusión social. Sin embargo, sin negar

esta condición de algunas prácticas de los movimientos sociales, puede ser afirmado, sin sombra de dudas, que ella nunca es exclusiva.

La cuestión del movimiento lleva a la de resentimiento. En una sucinta ecuación podría ser afirmado que: cuanto mayor el movimiento, mayor la fisura y, en consecuencia, mayor el resentimiento de los ciudadanos y menor la capacidad de las instituciones del Estado. La dificultad para entender el sentido de movimiento reaparece en pleno cuando se trata de entender las causas del resentimiento y su compleja dialéctica con el Estado. Las frecuentes quejas contra el Estado en los países periféricos se basan, en parte, en la ignorancia sobre las potencialidades civilizatorias de las instituciones democrático-liberales, pero pocas veces se percibe que las quejas son canalizadas con frecuencia por los propios responsables del daño. En su libro, *La Genealogía de la Moral*, Nietzsche (1978) introduce de forma consistente elementos para explicar la vida social a partir de un análisis de los sentimientos. En principio, Nietzsche se ocupa del odio y del conjunto de sus derivados (celos, venganza, envidia, etc.). Pero no es cualquier odio el que le interesa, sino el odio propio de los seres inferiores que es transformado en resentimiento a través de una sugestiva operación, primero de negación, y después de transformación en un valor “positivo”. En la literatura posterior a Nietzsche, el concepto de resentimiento se amplía adoptando una mayor diversidad de enfoques. Mientras que para Nietzsche la decadencia de Occidente está basada en el crecimiento del resentimiento de los débiles y de los vencidos, que germina y circula por varios movimientos, para Norbert Elias (1997) el resentimiento se vincula también a otras civilizaciones y a sectores sociales dominantes. Pero el común denominador de todos los casos es que el actor se declara siempre como víctima, sin asumir ninguna responsabilidad. El resentimiento, eventualmente, puede ser síntoma de un problema del cual la víctima es completamente inocente. Sin embargo, no parece ser necesario tener que demostrar que el análisis de la propia responsabilidad es el que debería venir siempre en primer lugar. La defensa incondicional de las víctimas (sea para hacer la revolución socialista o la reforma agraria) acarrea siempre resentimiento. Resentimiento que va cortando y despedazando la torta de la sociedad en pedazos “buenos” y “malos”, disculpando a los primeros y culpando a los segundos. Así, muchos movimientos de la sociedad contemporánea viven en el limbo de la paradoja: cuanto más afirman defender la democracia, mayor puede ser el *quantum* de resentimiento que introducen en el tejido social y, en consecuencia, menor la capacidad de la sociedad para construir mecanismos de Estado con validez universal. Cuando la acción del movimiento comienza a dividir a la sociedad y a generar frustraciones, resentimientos y deseos de venganza, independientemente de los méritos de sus objetivos, este accionar se torna incompatible con la ambición democrática de que los miembros de una sociedad puedan actuar concertadamente para enfrentar sus problemas. En algún momento, la lucha política exige elegir entre los varios argumentos puestos en juego, pero esta elección necesita la existencia de una

comunidad política con capacidad para perdonar (facultad opuesta al resentimiento y a la venganza³), para que las decisiones tomadas reciban legitimidad y puedan realmente tener alguna expectativa de éxito.

El resentimiento opera en forma relativamente inversa al reconocimiento⁴. Éxito y fracaso, reconocimiento y resentimiento son procesos elementales de la vida social que abarcan todas las esferas en una compleja dialéctica. Los caminos que posibilitan una y otra experiencia varían según las circunstancias, los individuos y las culturas. Pero tanto una como otra son constitutivas de la condición humana. No obstante el reconocimiento y el resentimiento surjan en el mismo contexto social, el peso de cada uno en la dinámica global de cada sociedad es diferente. Una sociedad que produce más reconocimiento que resentimiento garantiza su progreso, así como en el caso contrario se condena a la decadencia. A pesar de su “intimidación” la literatura trata generalmente estos aspectos en forma separada. No es difícil mostrar cual es el resultado histórico del populismo de América Latina, en términos de producción de reconocimiento y resentimiento. Independientemente de las intenciones, las estrategias populistas destinadas a movilizar voluntades a través de promesas tan utópicas como paternalistas, proyectan fuertemente el odio en todas las direcciones del tejido social y político, incentivando viejos resentimientos y originando otros nuevos (creando así un círculo vicioso de sustitución de reconocimiento por resentimiento)⁵.

Hablando del caso de Alemania, Elias señala que algunos países parecen predisponerse más que otros al resentimiento (Elias, 1997; ver también: Haroche, 2001). Como si estuviera hablando de la Argentina, Elias comenta que una sociedad donde se pasa de un extremo a otro muy rápidamente, donde los individuos oscilan entre humillaciones y grandezas exageradas, viviendo a la sombra de un pasado glorioso con un sentimiento de su propio valor que nadie en el mundo parece querer reconocer, está expuesta al resentimiento⁶. Según Elias, el proceso de resentimiento se desarrolla a partir de una frustración que exige en todos los casos la disminución del valor del individuo. Esta cuestión es central, ya que permitirá a Elias converger con Nietzsche en un aspecto fundamental del análisis del fenómeno del resentimiento. Las diferencias sobre la dirección del resentimiento (para arriba o para abajo de la escala social), se presentan como secundarias en relación a la mitificación de lo colectivo que opera el movimiento. No son sentimientos individuales, sino colectivos, los que se vuelven fuentes de la patología del resentimiento. O mejor, son emociones y sentimientos asociados a una memoria colectiva los que hoy engrandecen el ego individual y mañana lo frustran. No es el idealismo individual el que está en la base del resentimiento, sino un movimiento asociado a una utopía o creencia en el destino grandioso de una nación. En otras palabras, por detrás del resentimiento se sitúa siempre una memoria mítica de hechos, valores y sufrimientos que es impuesta a los individuos como verdad.

El resentimiento registra un tiempo penoso que no puede ser superado ni olvidado (Deleuze, 1971). Que el hombre

del resentimiento sea un rumiante de la memoria trae enormes consecuencias en el campo de las ciencias sociales. En las últimas décadas, las ciencias sociales han reivindicado el valor de la memoria como una parte esencial de la condición humana. Aún cuando sea difícil negar valor a la memoria, existe una abundante literatura que sugiere que el exceso de recuerdos puede aproximar más a la muerte que de la vida (Zawadzki, 2001). El congelamiento de una emoción colectiva o, en otras palabras, la memoria de un sentimiento que, en cuanto sentimiento, es colocado fuera del escrutinio público amenaza la salud de una nación. El olvido de los sentimientos asociados a los hechos históricos es tan deseable para la vida pública, como sería indeseable el olvido de los propios hechos. En esta perspectiva, la sensibilidad nietzscheana a favor del olvido liberador no se presenta como un prejuicio solo aristocratizante, sino como una exigencia de la realidad para evitar el resentimiento.

5. Los ciclos y actores del populismo argentino

5.1. La degradación del Estado

Contrariando la nostalgia angustiada de los que culparon al neoliberalismo por la decadencia argentina, sería más correcto afirmar que fue un gran movimiento lo que llevó a la degradación de las instituciones del país y a la ruina de su economía (Germani, 1962). A partir del inicio del siglo XX no son pocas las piedras que comienzan a aparecer en el camino de los herederos de las generaciones de 1837 y de 1880 para construir un país moderno. Como ya fue mencionado, las instituciones políticas de la Argentina de comienzos del siglo XX comenzaron a perder legitimidad, lo que quedó claro en 1930, con el golpe militar, cuando sectores conservadores y liberales se quedaron en el poder por más de una década a través del fraude. En la línea de Raymond Aron, Natalio Botana comenta que a la Argentina se aplica perfectamente un argumento canónico del pensamiento francés del siglo XIX: “la ceguera de las elites, su falta de previsión y torpeza concomitantes, engendran una situación populista que rompe con las reglas establecidas, una vez instalada esta nueva orientación en las costumbres y expectativas populares, es imposible volver atrás el reloj de la historia” (Botana, 1998).

La clásica obra de Huntington (1970) colocó a Argentina entrando en la primera ola de democratización en 1912, lo cual es correcto desde el punto de vista de la inclusividad y competitividad estrictamente política. No obstante, el sufragio universal de 1912 permite la ascensión del liderazgo populista de Hipólito Yrigoyen. El fin de la primera ola de democracia en la Argentina, en 1930, tuvo como un factor causal fundamental el populismo acentuado de la segunda presidencia de Yrigoyen. Pero sería a partir del golpe militar de 1943 que los argentinos comenzarían a invertir el proceso de modernización liberal inaugurado en el siglo XIX.

El peronismo puede ser responsabilizado por la experiencia más exitosa en América Latina de sustitución de una dinámica evolutiva de orientación liberal por otra populista. En los años 40, en la Argentina no hubo solo una mudanza más de régimen político y la llegada al poder de un dictador más. Aprovechándose de los enormes recursos económicos

y financieros disponibles en el Estado en ese momento, el peronismo consiguió pagar la fiesta del ascenso social de las masas, responsabilizando a las oligarquías económicas y al imperialismo por todos los males y despreocupándose del desarrollo de las fuerzas productivas del país. Mientras la economía se estancaba, las masas aumentaban exponencialmente sus deseos y el Estado transformaba estos deseos en derechos. Frente al posterior e inevitable colapso económico y político de este modelo de país, tanto los peronistas como los anti-peronistas serían conducidos en la dirección del resentimiento.

El resentimiento incentiva el movimiento, de la misma forma que este lo hace con aquel. Escapar de esta dialéctica viciosa es una tarea casi imposible. El peronismo fue un auténtico demiurgo del resentimiento de las clases populares contra el proyecto liberal que estaba construyendo el país. En ningún otro país de América Latina se produjo un retroceso tan profundo como en la Argentina (un país que en la época contaba con la mayor masa de población de origen europea y con la economía más sólida de la región). El ciclo marcado por la presencia del peronismo llevará nuevamente a Argentina a los niveles de resentimiento existentes en la época de la guerra civil de la primera mitad del siglo XIX. Con el agravante de que el resentimiento del siglo XIX prácticamente no destruyó nada, ya que todo estaba por hacerse, pero el resentimiento del siglo XX destrozaría una gran obra en construcción. Existe un lugar común en las comparaciones entre Argentina y Brasil: que a los argentinos les gusta vivir en el pasado, mientras que a los brasileños les gusta vivir en el futuro. Esta comparación sugiere implícitamente que los argentinos prefieren más recordar que olvidar, así como viceversa, que a los brasileños les gusta más olvidar que recordar. Obviamente, no será una simple comparación de hechos económicos y políticos lo que pueda explicar por qué países vecinos presentan perspectivas tan diferentes en el plano de sus sentimientos públicos. La hipótesis de que los argentinos viven más en el pasado que los brasileños supone, entre otras cosas, que existe una diferencia importante de grados de resentimiento en los comportamientos sociales y políticos de unos y otros, así como que esta circunstancia está fuertemente influenciada por los procesos de modernización liberal y el fenómeno populista en uno y otro país. No es difícil percibir que, a pesar de las profundas (y tradicionalmente mayores) desigualdades sociales existentes en Brasil, la historia argentina está marcada por un *quantum* de resentimiento mucho más alto. Paradoja que puede ser explicada en términos de una dinámica brasileña de modernización liberal lenta y continua, mientras que en la Argentina la misma dinámica se desarrollaba mucho más rápido, siendo interrumpida en forma catastrófica. En rigor, en el caso brasileño no solo el proceso de modernización fue más moderado, sino que no hubo hasta ahora una reacción populista importante a la modernización liberal.

A partir del fracaso económico del régimen peronista en los años 50, seguido de su interrupción violenta en 1955 a través de un golpe de estado cívico-militar, el resentimiento irá poseyendo a la sociedad argentina en forma creciente,

apelando a una memoria mítica y tornando erráticos los rumbos de la política y del país. El drama argentino deriva del hecho de que, cuanto mayor el resentimiento, mayor será la necesidad de recurrir al movimiento para superar los impases de la realidad. Mirando de fuera resulta difícil de entender cómo los argentinos no lograron todavía percibir que el movimiento peronista se renueva (y legítima) salvando al país (cíclicamente) de los males que el mismo produce (también cíclicamente). En la solución de cada ciclo está el problema del ciclo siguiente, en la medida en que, aunque de signos diferentes, las soluciones siempre derivan del mismo tipo de actividad: el fortalecimiento del movimiento (nunca de las instituciones del Estado). Fuera de esta dialéctica perversa de éxitos y fracasos, de resentimientos y euforias, no se puede entender cómo el peronismo fue cambiando una y otra vez de “personalidad”, yendo de la derecha para la izquierda, y de la izquierda para el centro, identificándose primero con el fascismo, después con el socialismo y, por último, con el liberalismo. Siendo el peronismo un fenómeno presente hace más de seis décadas, no puede causar sorpresa que, en las últimas décadas, el resentimiento argentino entrara en un *crescendo*, abarcando tanto al peronismo como al conjunto de la sociedad a través de circunstancias de las más variadas. Como una prueba del resentimiento que devora las entrañas del peronismo (y que este no puede atribuir a nadie más que a él mismo) están las centenas de muertos producidos por la extrema violencia de las luchas libradas entre los propios peronistas, en particular entre sus sectores de la juventud-guerrilla y del sindicalismo, en los años 60 y 70⁷. Como prueba de la expansión del resentimiento, inclusive sobre actores que deberían haber sido inmunes por “definición”, está el caso de los movimientos de derechos humanos, en particular las “Madres de Plaza de Mayo”, las cuales necesitaron de poco tiempo para transformar una demanda legítima de justicia, con relación a las víctimas de la dictadura, en una reivindicación de la lucha armada propugnada por la mayoría de estas víctimas (Leis, 1989).

Los efectos del resentimiento sobre la memoria se verifican a la perfección en el caso de la guerrilla. En los años 70, los varios grupos guerrilleros de la Argentina mataron aproximadamente a mil personas, entre civiles y militares (miembros de fuerzas armadas y de seguridad). Fueron atentados claramente terroristas, hechos en nombre de una revolución socialista que prometía, ciertamente, un número bien mayor de muertos, en el caso de que hubiese triunfado. Un dato interesante aquí es que el mayor número de atentados de la guerrilla no se produjo durante la dictadura militar, en la cual surgieron los grupos guerrilleros, sino tras su fin. Esto es, el auge del terrorismo aconteció en los años de 1973 a 1976, durante el ejercicio de un gobierno electo por el voto popular, en elecciones claramente democráticas. En los escasos tres años de gobierno democrático la guerrilla mató más personas que en la dictadura militar precedente. Queda claro así que la guerrilla argentina, más que atacar el régimen militar, atacaba al propio Estado argentino. ¿Pero cuál es hoy la percepción del sentido común? Fue casi olvidada la intención revolucionaria de los grupos guerrilleros, fueron

casi olvidadas las víctimas producidas por ellos y las circunstancias de sus muertes y son apenas recordadas las víctimas de la dictadura militar que vino en 1976 (la cual, por otra parte, solo continuó lo que ya se había comenzado a hacer durante el gobierno anterior de Perón e Isabel Perón, electo democráticamente). Obviamente, no se pretende aquí comparar o nivelar el comportamiento de los grupos guerrilleros con el de las fuerzas armadas, las cuales caminaron en una dirección espantosamente totalitaria, poniendo en evidencia el fracaso de sus instituciones. Sin embargo, lo que el sentido común colonizado por el movimientismo no percibe es que sin la acción del terrorismo contra las instituciones republicanas habría sido impensable una respuesta como la que se produjo por parte de las fuerzas armadas de la Argentina. Así, al contrario de un olvido reconciliador por culpas políticas compartidas (no obstante con diferentes grados de responsabilidad criminal en los participantes de uno y otro lado), las “Madres” ofrecieron una memoria mítica productora de nuevos resentimientos. Ya en los años 80, la Guerra de Malvinas/Falklands también recibió una memoria mítica. Aún cuando quien provocó la guerra fue la misma dictadura que había asesinado a miles de argentinos, el pueblo se embarcó rápidamente junto a los militares en una nueva aventura llena de resentimiento en defensa de un territorio irredento y desolado, que dejaría en poco tiempo una larga lista de muertos y agregaría otro hito a la odisea argentina.

Escudé (2005) habla de la Argentina actual como un “Estado parasitario”, comparando su situación con la de los países que la literatura acostumbra denominar Estados delincuentes o fallidos. Según el autor, las instituciones del país se degradaron a tal punto que se legitima la violación sistemática de la ley por parte de las organizaciones de protesta, también llamados “piqueteros”⁸. Escudé define el parasitismo de la Argentina por el hecho de ser un país que, aun poseyendo enormes recursos naturales per capita, sumerge a la mayoría de su población en la miseria y vive a expensas del resto del mundo. Una afirmación de Escudé sobre la condición anómala de la Argentina reside en el hecho irrefutable de que si todos los países actuaran de la misma forma no existiría el orden financiero global. El dato más reciente de esta condición parasitaria fue la expropiación de 450.000 pequeños ahorristas italianos y 350.000 japoneses a propósito de la negociación de la deuda pública. Escudé da elementos para pensar el parasitismo argentino en una perspectiva bien amplia. El recuerda, por ejemplo, que en las últimas tres décadas el Estado recurrió, en tiempos de crisis, a medidas inconstitucionales para hacer masivas transferencias de renta de los más pobres a los más ricos, a fin de estabilizar la economía y salvar empresas. Un dato interesante es que esta redistribución aconteció en 1975, 1982, 1985, 1989, 2001-02 y 2005; esto es, se produjo tanto con los regímenes militares, como con los gobiernos democráticos. O sea, aquello que el sentido común atribuye exclusivamente a las dictaduras militares y rechaza – los planes económicos – no dejó de ser practicado tampoco en los períodos democráticos. Escudé observa correctamente que estos ciclos de vaciamiento del ahorro interno están directamente

subordinados al carácter corrupto y degradado del Estado. Por eso, estos mecanismos operan una y otra vez, independientemente del régimen de que se trate. Así, la “pesificación” asimétrica del presidente Duhalde que posibilitó la salida de la convertibilidad, produjo una transferencia de renta hacia “arriba” con resultados muy semejantes a la estatización de la deuda privada hecha por Cavallo, cuando era funcionario del régimen militar (medida que, por su lado, fue continuada y completada por el gobierno de Alfonsín). Menem hizo algo bastante parecido al comienzo de su gestión, congelando depósitos de plazo fijo para dar solvencia al Estado (Isabel Perón, aunque de forma diferente, también había producido resultados semejantes).

Pero la corrupción del Estado argentino no es solo económica. La democracia no trajo en los años 80 y 90 ninguna mudanza substantiva en el papel del Estado en el área de seguridad. Los ataques terroristas contra la embajada de Israel (1992) y la Asociación Mutual Israelita Argentina – AMIA (1994), que dejaron más de una centena de muertos, contaron con una clara complicidad por parte del Estado. No solo los efectivos de la Policía Federal que cuidaban de estos locales fueron retirados poco antes de las explosiones (dando con esto una señal clara del conocimiento previo de los atentados por parte de las autoridades), sino que después de los mismos también hubo esfuerzos visibles y reiterados por parte del gobierno de Menem (que continuaron en la gestión de De la Rúa y, en cierta forma, también de Duhalde) para dificultar y/o destruir pruebas, llegando inclusive a apartar funcionarios que pretendieron llevar en serio las investigaciones⁹. Durante el gobierno de Menem también se produjo un hecho extremadamente aberrante, del punto de vista del Estado de Derecho, involucrando a las fuerzas armadas y al propio presidente. A través de decretos firmados en los años 1991 y 1995, el gobierno de Menem autorizó la venta de armas a Panamá y Venezuela, que sin embargo fueron enviadas a Croacia y Ecuador, países que sufrían embargo por estar en guerra. Así, por ejemplo, las 75 toneladas de fusiles y municiones que fueron llevadas por las Fuerzas Armadas de la Argentina a Ecuador aterrizaron en ese país en momentos en que tenía enfrentamientos con Perú (con el agravante en este caso de que la Argentina era uno de los países que arbitraban el conflicto). Como si esto fuera poco, con el ánimo de dejar más en evidencia los tentáculos existentes dentro del Estado, en 1995 explota “accidentalmente” la fábrica de las armas envueltas en estos incidentes, impidiendo así la contabilización del stock contrabandeado. Este no fue el único ejemplo de los peligrosos vínculos de las Fuerzas Armadas con actividades delictivas durante la democracia (entre otros, en el inicio de 2005, la cúpula de la Fuerza Aérea apareció claramente involucrada en un contrabando gigantesco de cocaína para Europa, a partir del Aeropuerto Internacional de Ezeiza).

5.2. La degradación de los actores

Argentina tuvo en los años 70 uno de los movimientos guerrilleros de mayor importancia política de aquella época. La bibliografía sobre el terrorismo (ejemplo: Laqueur, 1979) colocaba a los grupos terroristas argentinos solo detrás de

sus pares palestinos e irlandeses. ¡A los revolucionarios argentinos les gustaría que esta circunstancia fuera explicada por la mayor conciencia revolucionaria existente en el país! Pero esto está lejos de ser verdad, el crecimiento exagerado del terrorismo en los años 70 se dio más en función del resentimiento que de la conciencia. Lo mismo aconteció en los años 90 con el fenómeno piquetero. Comparando con la desigualdad social de otros países de América Latina, si los fenómenos emergentes en la Argentina fueran proporcionales al tamaño y características de sus problemas sociales (tal como a los marxistas ortodoxos les gustaría que fuera), la Argentina debería haber tenido grupos menores de guerrilleros, así como debería tener ahora menos grupos de protesta social. Aunque los piqueteros estén infiltrados por militantes revolucionarios, sindicalistas y delincuentes, en cuanto grupo, no son ninguna de estas cosas. Simplemente son una masa de desempleados que reciben asistencia del Estado de forma casi vitalicia y que manipulan y son manipulados por liderazgos políticos locales y nacionales. Escudé (2005) los denomina como parasitarismo proletario. Cheresky (2005) destaca que ninguno de los liderazgos surgidos directamente de los piqueteros tuvo resonancia electoral importante alguna. A través de sus acciones pueden tener un fuerte impacto en el espacio público, al igual que otros movimientos de protesta, pero su afinidad no se establece con las reglas de la democracia.

El fenómeno piquetero, en los años 90, de la misma forma que el sindicalismo, en los años 50, y la juventud peronista, en los 70, tenían legitimidad de origen. El dato importante aquí es que todos estos movimientos rápidamente se degradaron, perdiendo su sentido original. En todos los casos ellos nacieron reivindicando reconocimiento y ciudadanía, que se transformaron rápidamente en demandas de movimiento. Los sindicalistas nacieron de las demandas de organización por parte la clase trabajadora, en un contexto de manipulación por parte de Perón, y pasaron tiempo después a ser grandes manipuladores de los recursos del Estado. De la misma forma, los militantes de la juventud peronista nacieron de la proscripción de los derechos políticos del peronismo, también fueron manipulados por Perón y después pasaron a fortalecer su opción revolucionaria con recursos del Estado (en el gobierno de Cámpora fueron electos muchos gobernadores aliados y subordinados a la Juventud Peronista y a Montoneros) contra las instituciones del propio Estado. También los piqueteros nacieron como protesta social legítima contra el desempleo y la hiperinflación, pasando después a ser manipulados por liderazgos peronistas y, por último, a ser manipuladores del Estado, con alto poder de negociación política. Según Escudé, en 2004 existían aproximadamente 200.000 planes asistenciales individuales administrados por las propias asociaciones piqueteras. Considerando que el Estado administra algo menos que 2.000.000 de planes individuales, casi el 10% de estos planes son pagados para “piquetear”. Administrando estos planes, las organizaciones comprometen a quien los recibe a formar parte del “piquete”, esto es, a trabajar como piquetero. ¡Argentina es un país que “emplea” personas (y 200.000 no es un número bajo)

para que se conviertan en profesionales de la protesta y perturben sus instituciones! Es el país de los records: en los años 50 fue uno de los países con más trabajadores sindicalizados per capita; en los años 70 fue uno de los países con más guerrilleros per capita; y ahora es uno de los países con más profesionales de la protesta social per capita. A pesar de las notables diferencias existentes entre los movimientos que emergen a la sombra del peronismo en sus diversos ciclos, todos ellos tienen en común el hecho de surgir con cierta legitimidad de origen para, posteriormente, acabar utilizando los recursos del Estado contra el propio Estado. Desmoralizando y agotando así las energías de la nación, desviando la atención de los verdaderos problemas e impidiendo acumular fuerzas políticas en torno de un proyecto verdaderamente democrático y modernizador. El saldo que dejan, después de cumplir sus ciclos de vida, se mide únicamente en términos de un mayor *quantum* de resentimiento para la sociedad en su conjunto.

5.3. Del pragmatismo a la “malvinización” de la política exterior

Kirchner declaró en abril de 2005 que “es en la memoria de la Guerra de las Malvinas donde se encuentran los valores que se deben rescatar para avanzar con la frente alta”. En Argentina el tema de las islas Malvinas es mucho más que un símbolo, es una indicación de como el país encara hoy de forma contestataria su política externa. Por cierto, los gobiernos democráticos posteriores a la dictadura militar que declaró la guerra nunca procuraron “des-malvinizar” al país. Pero Palermo (2007) rescata la importancia histórica del fenómeno Malvinas a partir de los años 40, con el ascenso del peronismo, observando que la política argentina está siendo fuertemente “malvinizada” en el gobierno Kirchner. Durante el gobierno de Menem, a pesar de su realismo en el campo internacional, la pretensión de recuperar las islas siempre estuvo en el primer plano de la agenda pública. Pero el gobierno Kirchner se sitúa en una línea de confrontación con el consenso internacional cuando no permite, por ejemplo, que la Lan Chile haga vuelos *charter* a las islas, con el propósito de obligar a los isleños a volar al territorio argentino. O cuando no acepta negociar un acuerdo de cooperación con ellos para la explotación moderada de los recursos de pesca, pero si autoriza capturas de terceros en las proximidades, lo que crea dificultades y perjuicios a los intereses de los isleños (Palermo, 2007). En resumen, el gobierno de Kirchner continúa actuando, sino contra el derecho internacional, por lo menos contra el sentido común que sugeriría como mejor “arma” desarrollar políticas generosas de aproximación a los isleños. Sin embargo, Kirchner no está actuando de forma extemporánea, los argentinos apoyan este tipo de política con relación a las Malvinas. El resentimiento habla también aquí más alto que la sensatez.

Sea por oportunismo o por convencimiento, la política externa del gobierno de Menem se afirmó sobre bases más pragmáticas y realistas. Ejemplos de ello son: el abandono del Grupo de Países No Alineados; el restablecimiento de relaciones con Inglaterra; la ratificación del Tratado de

Proscripción de Armas Nucleares en América Latina; la adhesión al Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares; la desactivación del Proyecto Cóndor de fabricación de misiles; el reconocimiento como aliado estratégico de la OTAN; etc. En cierta forma, lo que se ve ahora con el gobierno de Kirchner es la vuelta a la “normalidad”. Perón autó la política exterior argentina en una dirección antiamericana y de no respeto a los acuerdos internacionales. Aún cuando el gobierno Kirchner mostrara cierta dosis de pragmatismo para negociar la salida del *default*, la tendencia general de su política externa no parece expresar una comprensión equilibrada y realista de la política externa del país en las actuales circunstancias. La política argentina con relación al ALCA parece haber quedado subordinada al Mercosur, lo que sugiere dificultades para asumir un pragmatismo proactivo (y no solo defensivo, como fue en el caso de la negociación del *default*). La peligrosa aproximación a la Venezuela de Chávez se explica, en parte, por los mismos motivos. El duro tratamiento dado por Kirchner a las empresas privadas que asumieron las antiguas estatales de servicios, que son obligadas a permanecer con sus tarifas prácticamente congeladas, hace aumentar las sospechas de la posibilidad de un giro estatizante que, obviamente, se traduce en temor y desconfianza de los inversores extranjeros en el futuro del país.¹⁰ Este giro estatizante, que traería fuertes consecuencias negativas en el plano de la política exterior, en realidad está más determinado por condicionantes internos que externos. Amarrar la política externa a las necesidades de la política interna ha sido una fuente inagotable de frustraciones para la Argentina, desde aquel momento fundacional del ciclo peronista, cuando Perón, en 1946, convoca a las masas a elegir entre Braden (entonces embajador de Estados Unidos en la Argentina) y él. Como bien señala Escudé (2005), cuando la turba puede derrumbar a un presidente (el caso De la Rúa) el Estado queda rehén de la política interna. Producido esto, el resentimiento de las masas acaba siendo un factor condicionante de la política externa, impidiendo que ella se proyecte racionalmente por encima de las necesidades de corto plazo.

5.4 De Menem a Kirchner

Aún siendo personajes enfrentados históricamente y de generaciones diferentes, Menem y Kirchner comparten muchas más cosas que lo que ellos tal vez desearían. Naturalmente, ambos son peronistas (no obstante su *background* ideológico-generacional sea bastante diferente) y tienen estilos personalistas de conducción política. Esta comparación deberá ser retomada más hacia el final, pero sea dicho por ahora que ambos asumieron la primera magistratura en situaciones de caos económico y social: Menem en medio de una hiperinflación que parecía irrefrenable y de saqueos a supermercados; Kirchner en medio de un *default*, las quejas de los que tuvieron sus ahorros parcialmente confiscados por la pesificación y las perturbaciones al orden público de los piqueteros. Ambos se parecen en el hecho de que en poco tiempo lograron dar vuelta la mesa y traer nuevamente optimismo a la sociedad

argentina. Después de haber negociado la deuda pública y haber retornado el crecimiento económico al país, el pueblo y la opinión pública en general apoyaron a Kirchner con entusiasmo (lo que quedó claro en poco tiempo, en la elección para diputados y senadores del día 23/10/2005). ¿Pero será oro todo lo que reluce? La ley de convertibilidad pareció también una gran idea en su momento, tan buena parecía que cuando la convertibilidad dejó de funcionar los argentinos descubrieron que no existía un Plan B.

Scibona (2005) comenta que Kirchner no está consiguiendo hacer las reformas que el país precisa. Más que liberar las fuerzas del mercado, Kirchner parece querer politizar la economía. Un ejemplo pequeño, pero muy ilustrativo, fue el boicot a algunos puestos de gasolina de la empresa petrolera Shell por parte de piqueteros aliados al gobierno para que cambiara su política de precios. Otro ejemplo, tal vez más sintomático, se encuentra en el sector energético, que puede presentar una crisis por falta de inversiones, en función del control estatal de los precios. Más recientemente, en 2006, Kirchner ha intentado contener el aumento del precio de la carne (derivado del aumento de la demanda y la escasez de la oferta) con duras presiones sobre los productores. La Argentina parece tratar a los agentes económicos internacionales con la misma arrogancia y cinismo con que trató a los acreedores de la deuda pública. El proceso de negociación de la deuda no fue hecho de forma honrosa, ni deberá traer ventajas para la Argentina en el largo plazo. Terragno (2005) interpreta la negociación con el FMI como una simulación, ya que los argentinos pasaron a creer que por primera vez el país enfrentaba al Fondo y reducía “soberanamente” la deuda con él. En realidad, la deuda de la Argentina con el Fondo equivalía al 20% de la deuda total, y sus servicios siempre fueron pagados religiosamente. Lo que el sentido común no registra es que aquello que fue reestructurado por el gobierno correspondía en un 48% a los propios argentinos. Esto es, cuando Kirchner, para alegría de la mayoría de los argentinos, “amedrentaba” al Fondo y a los acreedores internacionales en la tribuna, diciendo que les pagaría menos porque no merecían recibir más, en realidad el Fondo continuaba recibiendo y quienes se perjudicaban eran los propios argentinos.

La historia argentina de las últimas décadas le enseñó a los hombres públicos no solo a estar por encima de las leyes, sino que también le enseñó a los ciudadanos a desconfiar de la justicia. En un estudio de opinión realizado sobre una extensa muestra de ciudadanos y de abogados en el ejercicio activo de su profesión, se verifica que un 83% de la población cree que la justicia no es independiente del poder político, y que el 88% de los abogados cree lo mismo (es decir, los abogados creen todavía menos en la justicia que el ciudadano común)¹¹. En Argentina, las leyes no solo no se cumplen, sino que a veces, son hechas para engañar a aquellos que todavía creen en ellas. Fue así con la ley de Intangibilidad de los Depósitos, aprobada en 2001, para convencer a los ahorristas (que después serían confiscados) de que no tenían que preocuparse, ni retirar sus depósitos en dólares de los bancos, porque los mismos estaban garantizados por ley. Esta inseguridad jurídica no fue

revertida en el gobierno de Kirchner. Los ejemplos de esto exceden el campo económico (donde por lo menos el gobierno tendría la disculpa del argumento de fuerza mayor), invadiendo campos de valor casi simbólico, guiado por la simple voluntad de someter la ley a la propia voluntad.

Hablando por primera vez frente a la Asamblea de Naciones Unidas, Kirchner vinculó el tema de derechos humanos al de las islas Malvinas, afirmando: “Somos hijos de las Madres y de las Abuelas de Plaza de Mayo... Somos fervientes partidarios de la solución pacífica de las disputas internacionales”.¹² Palermo (s/d) recuerda correctamente que el tema de los derechos humanos pertenece a la ética de la convicción (donde los principios no pueden ser negociados). Cuando se iguala un tema de esta esfera con otro perteneciente a la ética de la responsabilidad (donde lo que importa son las consecuencias de los actos), quien sale perdiendo es el Estado de Derecho. El predominio de una lógica movimientista quedó claro en el momento en que Kirchner pidió al Congreso la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, sancionadas por Alfonsín para impedir que continuara el juzgamiento a los militares. Para Kirchner no era suficiente derogar estas leyes, tenía que anularlas, creando así una violencia jurídica al hacer que una ley tenga efecto retroactivo sobre otras, igualmente dictadas por un parlamento constitucionalmente soberano. Como en el caso de Menem, cuando impuso su reelección en 1994, el espíritu público de Kirchner se identifica con su propia voluntad. Nadie lo presionó a hacer esta violencia jurídica, como había sido el caso de las leyes de Alfonsín, sancionadas en un clima de sublevaciones militares. Aún cuando podría haber habido conciliación entre la ley y la voluntad, pidiendo al Congreso simplemente la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, Kirchner prefirió anunciar a todos que, cuando quiere, puede. El discurso de Kirchner en la inauguración del Museo de la Memoria, en el antiguo campo de detención y exterminio de la Escuela Mecánica de la Armada – ESMA, puso también en evidencia el carácter movimientista de su voluntad, al afirmar que su gobierno era el primero en abordar el tema de los derechos humanos en la Argentina, negando así la decisiva tarea realizada por el gobierno de Alfonsín en este área. Este estilo de gobierno no contribuye al fortalecimiento de las instituciones, obviamente. Pero la política argentina de las últimas décadas vició a los argentinos en el consumo de “voluntad” y “deseo”.

Tanto Quiroga (2005) como Palermo (s/d) llaman la atención sobre el decisionismo (tal como fuera definido por Carl Schmitt, 1992) que se revela en el comportamiento político de Kirchner. El título del libro de Quiroga es auto-explicativo: *La Argentina en Emergencia Permanente*. A pesar de que el autor no centra su análisis en el concepto de movimiento (como se hace aquí), sino en el de decisionismo, existe una profunda convergencia y complementación entre ambos conceptos, desde la perspectiva de sus consecuencias nocivas para la democracia de mercado. La tradición heredada de Perón establece que, aun en la democracia, el propio presidente es la principal fuente de poder. Esta es la esencia del movimiento, como ya se vio antes. En este

contexto, el gobierno de Kirchner invade y reduce los campos de actuación del parlamento y de la justicia, llevado por la necesidad de construir su base de poder. En otras palabras, el decisionismo y personalismo adoptados por Kirchner son parte del sistema.

6. Argentina en 2007

“¡Que se vayan todos!” fue el grito de protesta de centenares de miles de ciudadanos contra la clase política argentina, en diciembre de 2001, como respuesta a la confiscación derivada de la quiebra del Estado. Sin embargo, como recuerda Cheresky (2004 y 2005), la ciudadanía continúa esperando su turno. Mientras tanto los viejos políticos permanecen. Las elecciones de 2005 y 2007 muestran que la amplia mayoría de los que fueron electos vienen ejerciendo el poder, directa o indirectamente, desde hace mucho tiempo. Lo que mudó fue la corriente magnética que define para donde van los votos.

Así como Menem, que no demoró mucho tiempo en magnetizar los votos del electorado a su favor, Kirchner (que llamó a la elección de 2005: “plebiscito” de su gestión) hizo lo mismo, pasando del 22% en 2003 al doble en 2005. La última elección de 2007 confirma totalmente la naturaleza movimientista de la política argentina. Kirchner le pasó el bastón presidencial a su mujer sin sobresaltos, como si fuera la cosa más normal del mundo. La sigla de su fuerza política se denominó Frente para la Victoria, donde además de peronistas había integrantes de otros partidos. Recíprocamente, también había peronistas en otras agrupaciones. Si la fuerza del movimiento está en la debilidad de los partidos, nunca como ahora el movimiento estuvo más fuerte. Los dos candidatos más votados en 2007 encabezaban movimientos: por un lado, Cristina Kirchner, con el Frente para la Victoria y el 44 % de los votos y, por el otro, la Coalición Cívica de Elisa Carrió, con el 22%. Para encontrar votos “puros”, pertenecientes a los dos partidos políticos históricos de la Argentina, el peronista y la UCR, hay que buscar con “lupa” (en cuanto tal, el Partido Peronista no tuvo candidato a Presidente en la última elección, por ejemplo). Este dato es muy relevante cuando se considera que hasta 1999 estos dos partidos sumaban 80% de los votos, dejándole al resto lo que ellos prácticamente obtuvieron ahora. Esto significa que, una vez más, el movimiento peronista fue reinventado.

Como resultado de los triunfos electorales de 2005 y 2007, aumentó el centralismo presidencial: intensificación del control de precios para contener la inflación; mayor control del poder judicial, legislativo y gobiernos provinciales; control discrecional del presupuesto; e interferencia creciente a través de la publicidad gubernamental y algunas amenazas a periodistas. Un ejemplo extremo de las pretensiones del presidente Kirchner se dio con la nacionalización de la campaña electoral en Misiones (plebiscito sobre la posibilidad de reelección indefinida del gobernador), en octubre de 2006. El gobierno nacional colocó amplios recursos financieros (de montos proporcionalmente incomparables en la historia electoral desde 1955) y humanos en favor de victoria de la cláusula de la reelección. Ya

teniendo aprobada esta cláusula en su provincia de Santa Cruz, en el final de la década del 80 (lo que le permitió elegirse cuatro veces consecutivas), Kirchner pretendía en Misiones crear un ejemplo más que le sirviera para posteriormente cambiar la cláusula de reelección presidencial en la constitución nacional. A pesar de los recursos utilizados y del bajo nivel de renta y educacional de la población, Kirchner fue derrotado por una amplia alianza política junto a la Iglesia Católica. Sin duda esto significó una limitación para las aspiraciones personalistas de Kirchner, que tuvo que retroceder con planes parecidos en otras provincias.

Otro ejemplo movimientista extremo está dado por el surgimiento y desarrollo del conflicto con Uruguay. A pesar que de este país está unido a la Argentina por profundos lazos históricos y diplomáticos, Kirchner insufló a movimientos locales radicalizados, con eje ambientalista, contra la instalación de dos fábricas de papel en la frontera del Río Uruguay, por un supuesto potencial de contaminación de las aguas. No existiendo ninguna prueba de contaminación significativa (lo que fue confirmado por el Banco Mundial), sumado al hecho de que la futura producción de las empresas representa aproximadamente 5% de la economía uruguaya, resulta incomprensible la línea confrontacionista y nacionalista extrema usada contra Uruguay, si no fuera por la instrumentación movimientista de Kirchner de todos los conflictos.

La anomalía de la continuidad del crecimiento económico argentino entre 2003-2006, de 8% al año (con previsión del FMI de un crecimiento de 6% para 2007 y de 5% para 2008), es algo que llama mucho la atención. Argentina tenía en 2006 una población de 39 millones de habitantes, un PIB de 220 billones de dólares (540 billones en PPP) y un PIB per capita de 5.500 dólares (16.000 en PPP). Aún cuando de 2003 a 2005 el crecimiento haya sido una recuperación de la dramática caída del PIB entre 1999 y 2002, considerando el crecimiento ya acontecido en 2006 y las previsiones para los años siguientes, existen algunas dificultades para explicar este crecimiento. Ya que se trata de una economía proteccionista, con alta interferencia política en las leyes del mercado y una inflación alta para los parámetros del siglo XXI (9% en el trienio 2004-2006). Además de esto, en febrero de 2007 quedó claro que el gobierno manipula los índices oficiales de inflación. Dos factores permiten explicar la anomalía del alto crecimiento argentino: la importancia de los capitales argentinos en el exterior (equivalente a un PIB) que entran y salen según oportunidades de corto plazo, y el alto precio de las *commodities* exportadas por el país. Estos dos factores han conseguido compensar, por el momento, el bloqueo de inversiones privadas de largo plazo (infraestructura, energía, etc.).

En el plano de la política externa, en el inicio de 2007 hubo una mayor aproximación con Chávez fruto de una dinámica estatal clásica para contrabalancear la centralidad de Brasil en la región. Hubo también un aumento de la interdependencia energética con Bolivia, a pesar de la inestabilidad de este país como abastecedor de gas natural. El nacionalismo es el paradigma dominante en las elites

argentinas desde 2002, en contraste con el predominio liberal de la década de 1990. A partir de fines de 2006 el nacionalismo se ha acentuado, mostrando un mayor distanciamiento con EUA. Sin embargo, llama la atención un aspecto singular de la política exterior argentina vinculada a los derechos humanos: existe un alineamiento fuerte con la política americana en la lucha contra el terrorismo islámico, manifestada en el incentivo a la justicia argentina para juzgar la cúpula del gobierno de Irán en la época de los atentados contra la embajada de Israel y la AMIA.

Argentina vive en la época del kirchnerismo como antes vivió en la del menemismo. A partir de ahora el movimiento tendrá que comenzar a administrar su crecimiento y también los conflictos de sus corrientes internas (tal como es característico de los momentos de auge del movimiento peronista). Son conocidos los planes del kirchnerismo para quedarse un largo tiempo en el gobierno. La elección de Cristina Kirchner puede expresar compromisos políticos al interior del matrimonio Kirchner, pero refleja objetivamente la intención de los Kirchner de continuar gobernando a partir del kirchnerismo. Como si no fuese suficiente para Cristina Kirchner decir al país en su primer mensaje como presidente que “las convicciones de su esposo son las suyas”, ella prácticamente mantuvo el mismo equipo de gobierno del marido, realizando apenas cambios cosméticos en el gabinete. Por otro lado, el mismo espíritu anti-republicano que se refleja en el hecho de un presidente en ejercicio pasar el mando para su mujer (aun habiendo elecciones), se expresa también en el hecho de Nestor Kirchner de “alejarse” de la presidencia para re-organizar “definitivamente” el movimiento peronista.

En este sentido, la capacidad demostrada por el ex-presidente Kirchner para colocar rápidamente en su red (como segundo nombre de la reestructuración del Partido Peronista) a un antiguo opositor como Lavagna, puede anunciar una ocupación del sistema político argentino, por parte del kirchnerismo, mayor de lo que ya hubo en otros momentos históricos. Ni siquiera Perón, el fundador indiscutido del movimiento, pudo disfrutar alguna vez de tanta hegemonía. Si Kirchner consiguiese regularizar la vida del Partido Peronista bajo su comando, el kirchnerismo se constituiría casi en su negación: en un movimiento sin oposición. Es la existencia del “enemigo” que constituye el movimiento, si por exceso de eficiencia “burocrática-administrativa” el kirchnerismo llegase a absorber y hegemonizar a las estructuras políticas del peronismo y del radicalismo (del cual ya cooptó un número bastante significativo de intendentes y gobernadores), haciendo lo mismo con las estructuras sindicales, se definiría un cuadro insólito en la historia del país. Sin fuerzas armadas o grupos insurreccionales de izquierda en condiciones de perturbar mínimamente, el kirchnerismo podría sentarse encima de todo el sistema político nacional. De hecho la pasión kirchnerista no se compara con las habidas en momentos anteriores del movimiento. La dominación de Kirchner es más burocrática que carismática, cuando comparada con Perón e, inclusive, con Menem. Esto explicaría que, aunque marcado por la experiencia de los años 70, el kirchnerismo

no tenga todavía una identidad claramente definida, mezclando de forma libre las varias vertientes de la herencia peronista. Pero en el contexto del movimiento peronista esto no es necesariamente un problema. El paradigma del discurso peronista continúa siendo aquel que describieron veinte años atrás Sigal y Verón (1986): algo en lo cual cabe todo. A lo largo de su vida Perón afirmó “certezas” contradictorias sin tomar partido por ninguna de forma definitiva. Sus mejores discípulos se mantienen fieles a esta enseñanza. Sin embargo una cosa es cierta, después del liberalismo menemista, el

peronismo ya no tiene más una línea de huida hacia adelante, ya inventó todo lo que era posible dentro del espectro ideológico existente en la Argentina. Así, el peronismo no tiene hoy condiciones para diferenciarse de su propio pasado; lo cual también quiere decir que la distancia entre peronistas y anti-peronistas se acortó a su mínima expresión (en cierta forma, todos son peronistas, inclusive los anti-peronistas). Por lo pronto, el futuro de la Argentina parece ser el de “eterno retorno” del movimiento y la continua decadencia del país en ciclos de euforia y de depresión.

Notas:

¹ Para reforzar el argumento de la importancia de los ciclos en el caso argentino, es sugestivo hacer la comparación con el caso brasileño, donde prácticamente no existen grandes rupturas en su proceso histórico evolutivo. Para una comparación exhaustiva de la historia de Brasil y Argentina, ver: Fausto & Devoto, 2004.

² Sebrelí (2000) hace comenzar la historia del movimientismo en la Argentina con Yrigoyen, que gana las elecciones residenciales de 1916.

³ Hannah Arendt nos recuerda, en la *Condición Humana*, que el perdón (*forgiveness*) es el opuesto exacto de la venganza (Arendt, 1959).

⁴ Esquemáticamente, el reconocimiento es entendido aquí como la satisfacción individual o grupal con la propia identidad y desempeño en las diversas esferas de la existencia, acompañada por la aprobación del grupo social en el cual se está inmerso. Para un desarrollo conceptual mayor, ver: Honneth, 1996.

⁵ En este sentido, es bueno recordar que las estrategias conservadoras (que nunca deberían ser confundidas con las de derecha), por el contrario, se presentan como fuerzas oderadoras

de los efectos del resentimiento sobre la sociedad, sea a través

de un mayor reconocimiento de las desigualdades y de las diferencias, sea a través de una más firme defensa de la continuidad jurídica de las instituciones.

⁶ Se siguen nuevamente aquí argumentos ya elaborados en: Leis, 2002.

⁷ Masacres comparables, en cierta forma, a las infringidas en sus propias filas por los nazis y los comunistas, en los primeros años de sus respectivas llegadas al poder.

⁸ Los piqueteros son movimientos de protesta cuyos antecedentes se remontan a los saqueos de supermercados y restaurantes populares de 1989, en el último año del gobierno Alfonsín, pero que se expanden en la segunda mitad de los años 90, durante el gobierno Menem y alcanzan su apogeo a partir de la crisis desatada en el gobierno De la Rúa. En cierta forma, los piqueteros son el *alter ego* del peronismo de Menem (de la misma forma que la Juventud Peronista y los Montoneros fueron, para la generación anterior, el *alter ego* del peronismo de Perón en los años 70).

⁹ Escudé (2005) da nueve pruebas bien circunstanciadas de la complicidad del Estado argentino con los autores de estos atentados. El juez de la causa de la AMIA, que deliberadamente destruiría pruebas vitales del atentado, recién fue sometido a juicio político en 2005, en el gobierno Kirchner.

¹⁰ Ver declaraciones en este sentido de John Murphy, vice-presidente para Asuntos del Hemisferio Occidental de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos (Diario *La Nación*, 11/10/2005).

¹¹ Estudio solicitado por la Federación Argentina de Colegios de Abogados y realizada por el centro de estudios del prestigioso

analista Rosendo Fraga (ver los datos en: *La Nación* de 21/10/2005).

¹² Ver la referencia a este discurso en: Palermo, s/d.

Referencias Bibliográficas

- Agamben, G. (2005) "Movimento" (Tradução portuguesa de Assmann, S. J.), Florianópolis.
- Arendt, H. (1959) *The Human Condition*, New York, Anchor Book.
- Arendt, H. (1973) *The Origins of Totalitarianism*, New York, HBJ Book.
- Bonvecchi, A. (s/d) "Determinismo y contingencia en las interpretaciones políticas de la crisis argentina", s/l.
- Botana, N. R. (1998) *El siglo de la libertad y el miedo*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.
- Botana, N. R. (2002) *La República Vacilante – Entre la furia y la razón*. Buenos Aires, Taurus.
- Cheresky, I. (2001) "Hipótesis sobre la ciudadanía argentina contemporánea", en: Cheresky, I. & Pousadela, I. (Orgs.), *Política e Instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires, Paidós.
- Cheresky, I. (2005) "La ciudadanía y la democracia inmediata", Universidad de Buenos Aires.
- Cheresky, I. & Pousadel, I (2004) *El Voto Liberado – Elecciones 2003: Perspectiva Histórica y Estudio de Casos*. Buenos Aires, Biblos.
- Clark, C. (1940) *The Conditions of Economic Progress*. Londres, Macmillan.
- Deleuze, G. (1971), *Nietzsche y la Filosofía*. Barcelona, Anagrama.
- Elias, N. (1980) *Introdução à sociologia*. São Paulo, Martins Fontes.
- Elias, N. (1997) *Os Alemães*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar.
- Escudé, C. (2005) *El Estado Parasitario*, Buenos Aires, Lumiere.
- Fausto, B. & Devoto, F. (2004) *Brasil e Argentina*, São Paulo, Ed. 34.
- Germani, G. (1962) *Política y Sociedad en una época de transición – de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires, Paidós.
- Haroche, C. (2001) "Elementos para uma antropologia política do ressentimento", en: Bresciani, S. & Naxara, M. (Orgs.), *Memória e (Res)sentimento*. Campinas, UNICAMP.
- Honneth, A. (1996) *The Struggle for Recognition*, Cambridge, MIT Press.
- Huntington, S. (1970) *El Orden Político en las Sociedades en Cambio*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Lagos, M. (2003), "Economía e Sociedad", Trabajo presentado na sede de FIEL, Buenos Aires, 30 de outubro de 2003.
- Laqueur, W. (1979) *Terrorism*, Londres, Little Brown & Co.
- Leis, H. R. (1989) *El Movimiento por los Derechos Humanos y la Política Argentina* (2 vol.), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (Serie Biblioteca Política Argentina).
- Leis, H. R. (2002) "Sobre o ressentimento (e os argentinos)", *Novos Estudos – CEBRAP*, n° 64.
- Leis, H. R. (2006) "A Odisséia Argentina", *Política & Sociedade*, n° 8
- Levitsky, S. (2005) "Democratic Survival amidst Economic Failure", en: Hagopian, F. & Mainwaring, S. (Orgs.), *The third Wave of Democratization in Latin America: Advances and Setbacks*. Cambridge, Cambridge University Press.

- Mainwaring, S. & Hagopian, F. (2005) "Introduction: The third Wave of Democratization in Latin America", en: Hagopian, F. & Mainwaring, S. (Orgs.), *The third Wave of Democratization in Latin America: Advances and Setbacks*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Merquior, J. G. (1986) "Patterns of State-Building in Brazil and Argentina", en Hall, J. A. (Org.) *States in History*. Londres, Blackwell.
- Nietzsche, F. W. (1978) *Para a Genealogia da Moral*. São Paulo, Abril Cultural (Os Pensadores).
- Nino, C. (2005) *Un país al margen de la ley*. Buenos Aires, Ariel.
- Novaro, M. & Palermo, V. (Orgs.) (2004) *La historia reciente – Argentina en Democracia*. Buenos Aires, Edhasa.
- O'Donnel, G. (1999) "Poliarchies and the (Un)Rule of Law in Latin America" en Méndez, J., O'Donnel, G. & Pinheiro, P. S. (Orgs) *The (Un)Rule of Law and the Underprivileged in Latin América*. Notre Dame, Notre Dame University Press.
- Palermo, V. (s/d) "Entre la memoria y el olvido: represión, guerra y democracia en la Argentina", s/l.
- Palermo, V. (2004) "Problemas de gobernabilidad en la Argentina actual. Informe de trabajo para el PNUD", Buenos Aires, agosto de 2004.
- Palermo, V. (2007) *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Pincione, G. & Tesón, F. R. (2006) *Rational Choice and Democratic Deliberation: A Theory of Discourse Failure*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Quiroga, H. (2005) *La Argentina en emergencia permanente*. Buenos Aires, Edhasa.
- Quiroga, H. (2003) "Intelectuales y política en la Argentina", en: Hofmeister, W. y Mansilla, H. C. F. (Orgs.) *Intelectuales y Política en América Latina*, Rosario, Homo Sapiens
- Quiroga, H. (2006) "La política en tiempos de dictadura y democracia", en Quiroga, H. & Tcach (Orgs.) *Argentina 1976-2006*. Rosario, Homo Sapiens.
- Sarmiento, D. F. (1997) *Civilização e Barbárie*. Petrópolis, Vozes.
- Schmitt, C. (1992) *O Conceito do Político*. Petrópolis, Ed. Vozes.
- Scibona, N. (2005) "La política económica de Kirchner", Trabajo presentado en la sede de CADAL, Buenos Aires, 20 de mayo de 2005.
- Sebreli, J. J. (2000) *Crítica de las Ideas Políticas Argentinas*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Sigal, S. & Verón E. (1986) *Perón o Muerte*. Buenos Aires, Legasa.
- Strauss, L. (1996) "Apuntaciones sobre 'el concepto de lo político' de Carl Schmitt", en: _____, *Persecución y arte de escribir*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
- Terragno, R. (2005) *La simulación*. Buenos Aires, Planeta.
- Viola, E. (1982) *Autoritarismo e Democracia na Argentina Contemporânea*, Tese de Doutorado Departamento de Ciência Política, Universidade de São Paulo.
- Zawadzki, P. (2001) "O Ressentimento e a Igualdade", en: Bresciani, S. & Naxara, M. (Orgs.), *Memória e (Res)sentimento*. Campinas: UNICAMP.

Acerca de CADAL

Perfil Institucional

El Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), con sede central en Buenos Aires, Argentina, y una representación en Montevideo, Uruguay, es una fundación privada, sin fines de lucro y apartidaria. CADAL integra el Network of Democracy Research Institutes (NDRI), es un Instituto Asociado al Proyecto Plataforma Democrática, es miembro fundador de la Red Puente Democrático Latinoamericano y está registrada como Organización de la Sociedad Civil en la OEA.

Misión

La misión del Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina consiste en promover: el fortalecimiento de la democracia y la vigencia del estado de derecho; la implementación de políticas públicas que favorezcan al progreso económico, social e institucional; la integración regional y su apertura al comercio mundial; y la promoción internacional de los derechos humanos.

Actividades

Para dar cumplimiento a su misión, CADAL combina las siguientes actividades: análisis, investigación e incidencia en políticas públicas; promoción de derechos y difusión de ideas; consultoría y asesoramiento; y capacitación profesional. Estas actividades se plasman en una variedad de publicaciones impresas, producción de contenidos en internet, organización de eventos, dictado de programas educativos y realización de campañas públicas.

Recursos

Las fuentes de financiamiento de CADAL son: Donaciones de empresas e individuos; convenios con organismos, embajadas y fundaciones internacionales; asesoramiento y consultoría; aranceles de inscripción a eventos; y venta de publicaciones. Como Fundación, CADAL cumple con todas las normas y regulaciones vigentes, incluyendo la presentación anual de la Memoria y Balance ante la Inspección General de Justicia.

Autoridades

Presidente y Director General: **Gabriel C. Salvia** · Secretaria: **María Teresa Reviriego** ·
Tesorera: **María Emilce Grimi** · Director de Programas: **Hernán Alberro** ·
Director Consejo Empresario: **Horacio Reyser** · Director Consejo Consultivo:
Tristán Rodríguez Loredo · Director Consejo Académico: **Ricardo López Göttig** ·
Directora de Administración y Finanzas: **Marisa Di Vitto**

